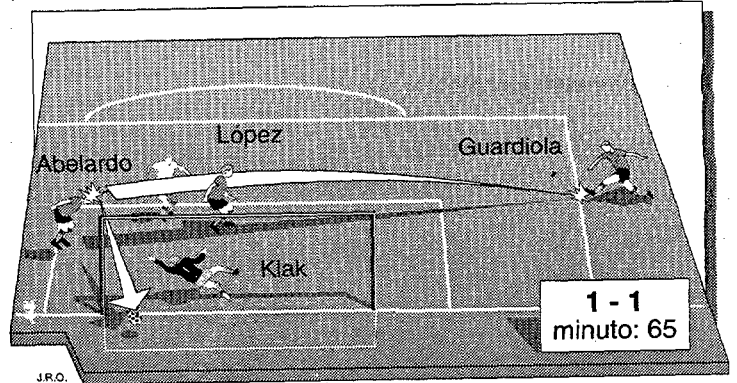
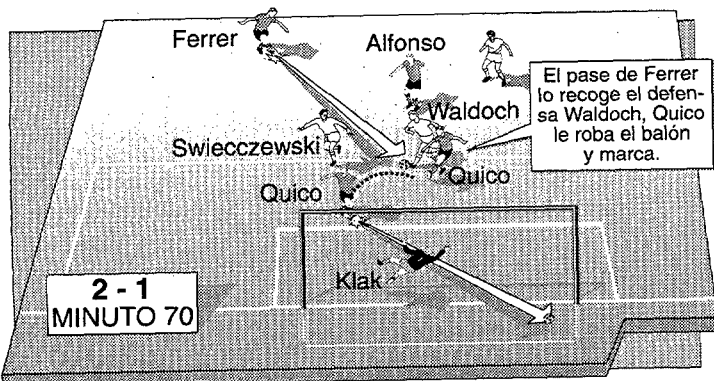


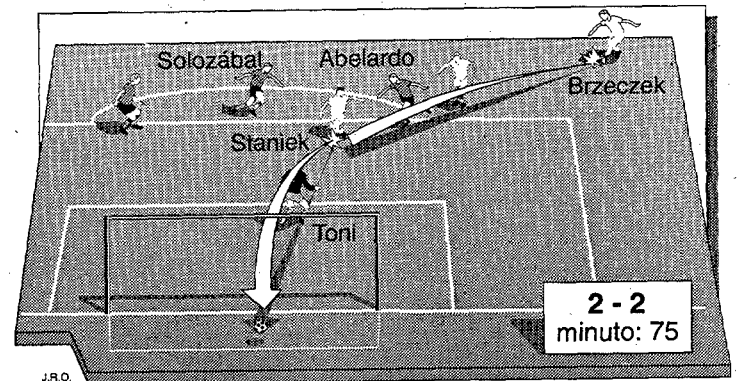
A. Rodríguez



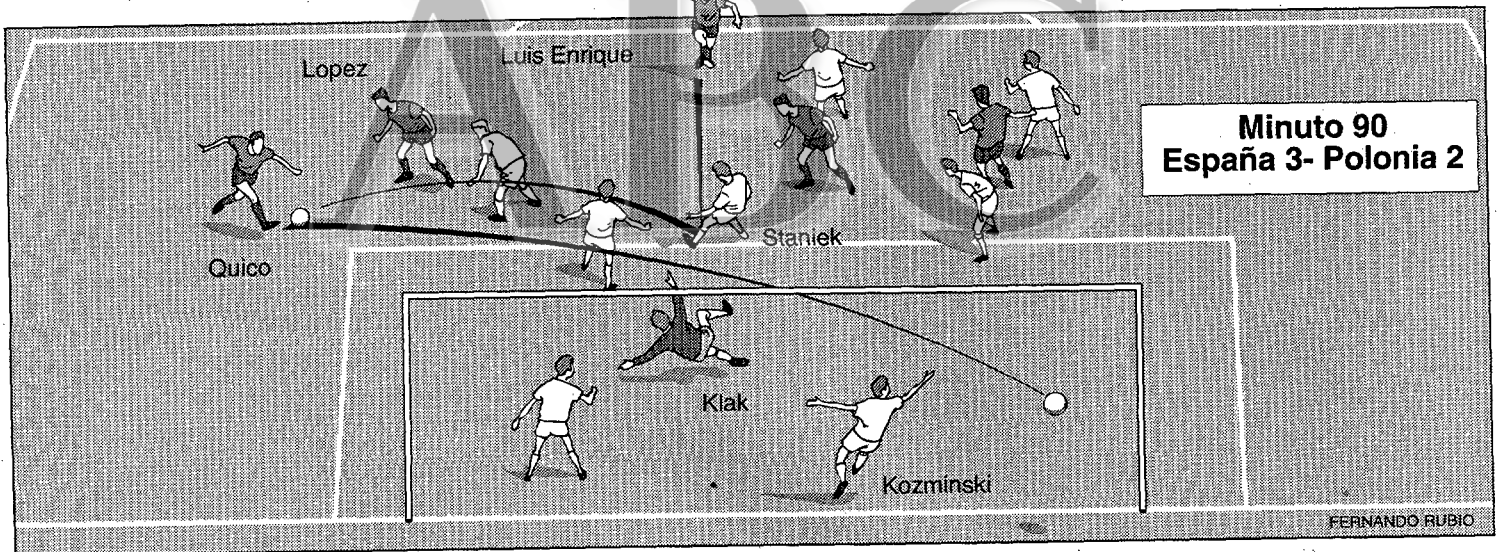
J.R.O.



A. Rodríguez



J.R.O.



pero un ánimo común de las ochenta mil personas de arriba y los treinta y tantos de abajo hizo que la última jugada oliese irremisiblemente a gol. Era tan cargante la atmósfera que asfixiaba a los polacos. No llegaron a ese último balón aéreo más que para sacarlo levemente porque López iba detrás a clavarlo como un kamikaze. Luis Enrique la pegó con el último aliento que le quedaba, un polaco la sacó con la brizna de alma que se le iba. Y ahí estaba el cazador, frío, implacable... Quico recogió el balón y no lo destrozó. Vio la situación en una décima de segundo: dos defensas en los palos y el portero saliéndole como un poseo abajo. Pensó en una milésima y la tocó con el interior con maestría, por arriba. A la red, para que saliera todo el oro escondido.

Ojo crítico UN CACHO DE QUICO

Lo juro. Estoy agotado. O estresado, como se dice ahora. Escribo estas líneas por no gritar, llorar o reír. Me tiemblan las piernas. Y me fallan las ideas. Es como si hubiera jugado el partido de Arancha y Conchita. Y el de Arrese. Como si hubiese corrido los mil quinientos metros con Fermín, dado el pase del tercer gol a Quico y enredado en la cuerda de Carolina Pascual.

No recuerdo una jornada tan intensa. Ni tan cruel para el corazón. Casi doce horas pegado a la televisión. Los que me rodean están por el

estilo. Saltan, gritan, gimen. Después de catorce días, con sus catorce noches, creíamos que ya habíamos disfrutado todo lo que teníamos que disfrutar y sufrido todo lo que teníamos que sufrir. Pero no, estos eternos Juegos Olímpicos tenían reservado para el penúltimo día un empacho de emociones.

Ocho de agosto. Festividad, de los Santos Domingo, Cayetano y Ciriaco. En una docena de horas tantas medallas como en Los Angeles '84 y una más que en Seúl '88. El corazón achicharradito después de ocho ho-

ras en la Teixonera y encogido por la casta de Jordi «Medalla», galopaba entre Montjuic y el Camp Nou. Lo de Cacho fue visto y no visto. Pero lo del fútbol, un parto. Ahora sólo hay que rezar para que la selección que se engendró en el Luis Casanova y ayer nació en el Camp Nou, crezca con tanta fuerza, garra y furia como la demostrada anoche. Si es así, es para estar eternamente agradecidos a este ocho de agosto de infarto.

Enrique ORTEGO